

<https://doi.org/10.29393/At410-143EPRA10143>

ENTREGA DE LOS PREMIOS "ATENEA"

Con un Acto Académico realizado el 28 de octubre en el Aula Magna de la Escuela de Derecho se procedió a entregar los premios *Atenea* de la Universidad de Concepción.

Los favorecidos con este galardón fueron el escritor, crítico y ensayista don Raúl Silva Castro, por su obra "Don Eusebio Lillo", el poeta Gonzalo Rojas, por su libro "Contra la Muerte" y el poeta nacional Pablo Neruda, como un homenaje especial de reconocimiento con ocasión de haber cumplido sesenta años, y por su obra "Memorial de Isla Negra".

Hizo entrega de los premios el Rector de la Universidad, Dr. Ignacio González G., al señor Silva Castro y a Rodrigo Rojas, hijo del poeta premiado, que se encuentra en viaje por el extranjero. El premio correspondiente a Pablo Neruda se entregará posteriormente en ceremonia especial, cuando éste regrese al país.

El Dr. González se refirió en su discurso a la personalidad de los escritores premiados en los siguientes términos:

La entrega de los premios *Atenea* es una grata ceremonia que nuestra Casa celebra todos los años para poner en manos de los agraciados el galardón que los señala, en opinión de las Comisiones y Cuerpos Directivos Universitarios, como autores de las mejores obras en su género del año anterior.

Hoy les corresponde recibirlos a don Gonzalo Rojas, en el género literario, por su libro de poesías titulado *Contra la Muerte*, y en el género ensayo, a don Raúl Silva Castro, por su estudio biográfico sobre don Eusebio Lillo.

Accediendo a una sugerencia de la Comisión correspondiente, la Universidad acordó también otorgar este año un Premio *Atenea* Extraordinario al poeta Pablo Neruda. Con este gesto ha querido la Universidad salvar una omisión, rendir homenaje al ilustre vate, honra de nuestras letras, y premiar una obra poética cuya excelcitud es mundialmente reconocida.

La Comisión encargada de discernir el premio a la mejor obra científica publicada en 1964 propuso declararlo desierto.

Gonzalo Rojas es miembro de esta Universidad desde hace 14 años. Quien sabe si por eso debo ser con él más parco en el elogio. Felizmente los que ya le ha prodigado la crítica literaria del país y del extranjero y la acogida que su obra ha recibido, hasta podrían excusarme de dedicarle alguno.

No es Gonzalo Rojas poeta excéntrico o vanidoso ni hombre que pose con singularidades estudiadas. Es un hombre sencillo, callado y laborioso, que profesa con eficiencia y amor su cátedra Universitaria de Teoría Literaria, que forma discípulos y estimula vocaciones, que estudia, lee y actúa en los quehaceres que hoy distraen u ocupan la vida de los hombres, pero que en el recogimiento de sus momentos de paz, ha sabido dejar volar la inspiración y producir obras literarias de singular valor, que han jalonado, honrosísimamente, lo que lleva corrido de una vida todavía joven.

El mismo ha dicho: "Líbrenme, líbrenme los Dioses de esos manifiestos originalistas y del fulgor por el fulgor, y de esas Artes poéticas en la misma clave autoerótica de siempre".

Nacido en Lebu, Profesor de Teoría y Estética Literarias, Director del Departamento de Español de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción. Beca UNESCO para escritores en 1953. Premio Municipal de Arte de la Municipalidad de Concepción, 1957. Fundador y Director en varias ocasiones de las Escuelas de Temporada en la Universidad de Concepción. Organizó y dirigió encuentros de Escritores en 1958, 1960 y 1962. Ha escrito: 1948, *Miseria del Hombre*, Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. 1964, *Contra la Muerte*.

Tal es, resumido, el curriculum vitae de don Gonzalo Rojas.

CONTRA LA MUERTE es un bellissimo libro en la inspiración; en la forma moderna, eufónica y poética; en el fondo limpio, a veces dolorido y una pizca de sentimental; en su actitud rebelde ante ciertas cosas de esta tierra y en su optimismo biológico y humano frente a las realidades de la vida y la incertidumbre ante lo inexorable de su fin...

El lenguaje de Rojas es claro, llano, como a uno le parece que podría decirlo... si supiera decirlo:

*Madre, ya va a llegar: abramos el portón,
dame esa luz, yo quiero decidirlo
antes que mis hermanos. Déjame que le lleve un buen vaso de vino
para que se reponga y me estreche en un beso,
y me clave las púas de su barba.*

o bien:

*Un aire, un aire, un aire,
un aire,
un aire nuevo:*

.....
*no para respirarlo
sino para vivirlo.*

Gonzalo Rojas alcanza en *Contra la Muerte* una indudable plenitud y madurez poética. La calidad de la obra que premiamos se impuso en un año en que la concurrencia fue valiosa y nutrida. No cabe dudar de la rica vena poética de Rojas y de su calidad de escritor. Cabe también esperar que este premio que le da su Casa —a pesar de ser suyo— sea recibido por él, sin alterar su natural modestia, pero con el orgullo de haberlo merecido.

Entregamos el Premio *Atenea* en el género Ensayo a don Raúl Silva Castro, por su estudio biográfico sobre D. Eusebio Lillo.

No creo ser indiscreto si declaro que el principal competidor que tuvo ante el jurado el Sr. Silva Castro... fue él mismo, con tres obras más que publicó en 1964: Su Antología de Neruda y su estudios sobre Carlos Pezoa Véliz y Pedro Antonio González. Si a estas tres obras, agregamos que además publicó ese año su *Visión de Estados Unidos*, que su pluma es huésped habitual de *El Mercurio* y que es hombre que trabaja activamente en la Academia Chilena de la Lengua, apreciaremos mejor la valía y la fecundidad del señor Silva Castro.

Nació en Santiago. Desde 1924 trabaja en el Diario *El Mercurio*. Durante largos años fue Jefe de la Sección Literatura Chilena de la Biblioteca Nacional. Fundó la Revista *Claridad* de la Federación de Estudiantes de Chile. Fue durante 3 años Director de *Atenea* de la Universidad de Concepción. Es Profesor Extraordinario de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Colaborador de *La Nación* de Buenos Aires. Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y de la Academia de la Historia. Autor de numerosas obras de crítica e investigación literaria e histórica; entre las cuales destacan:

Retratos Literarios; obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile;
Estudio sobre Gabriela Mistral, Alberto Blest Gana;
Panorama de la novela chilena; José Antonio Soffia;
Rubén Darío a los veinte años; *Panorama de la Literatura chilena*; etc.

Durante 1962 dictó cursos de Literatura Chilena en Universidades de Berkeley y New Orleans, en Estados Unidos.

Silva Castro es tal vez el exponente más rico en intereses, matices y producción del panorama de nuestras letras actuales: ha cultivado con gran propiedad y singular acierto, el periodismo, la crítica literaria, la bibliografía, la historia literaria y el ensayo. Tal vez debemos señalar, para explicar y valorar toda esta obra, que el afán de enseñar, de difundir lo que sabe, de estimular al estudioso y de promover —como se dice ahora— el gusto por los valores humanistas y literarios a través de obras amenas, propias y bien escritas, ha sido uno de los móviles de la tarea intensa y persistente del señor Silva Castro.

Dije que en las deliberaciones del jurado, el señor Silva Castro había sido, con sus demás obras publicadas en 1964, su principal contendor. El jurado, sin embargo, prefirió su *Eusebio Lillo* porque, a iguales méritos

literarios y de investigación histórico-biográfica agrega el recuerdo de un hombre público destacado, autor de la letra de nuestro Himno Patrio.

Escrita con la sobriedad y propiedad que caracterizan la prosa del señor Silva Castro, la obra narra con admirable objetividad y justicia la vida variada y curiosa del poeta, haciendo, al mismo tiempo, luz en numerosos puntos importantes de nuestra historia en que al señor Lillo cupo decisiva actuación. Sin dejar ver, en ningún momento un especial cariño, o mejor dicho, un parcial cariño, por su héroe, Silva Castro presenta a don Eusebio seguramente tal como fue: hombre de su época y de su país; sin grandes relieves, pero dadivoso de lo que tenía y eminentemente desprendido y patriota. Tuvo el afán literario y fue poeta y escritor muy del gusto del momento, pero no cultivó ni pulió su vena que transcurrió por el camino del esfuerzo espontáneo y casual. Fue el autor de la letra de nuestra Canción Nacional a petición personal del Ministro de Relaciones don Miguel Camilo Vial, porque se hacía necesario cambiar la de Vera y Pintado, demasiado antiespañola, que no concordaba con los sentimientos de acercamiento con España que comenzaban a esbozarse en la opinión nacional. Lillo, que a la sazón era empleado subalterno de ese Ministerio, tomó el encargo por una orden de su jefe. Como en el mismo Ministerio trabajaba como Oficial Mayor don Andrés Bello, autoridad literaria incontestable en el país, Lillo dio a conocer al Maestro su producción, discutióla con él y luego de corregirla, la presentó al Ministro, que la aceptó de inmediato. Es interesante consignar que fue precisamente la objeción de Bello al Coro de la Canción de Lillo, lo que determinó a éste mantener en la nueva a pesar del "contrá la opresión", el de la de Vera.

No es, como dije, un héroe o un poeta glamoroso el que nos pinta el señor Silva Castro en su Eusebio Lillo, sino un hombre con sus más y sus menos, como tantos que han poblado y conformado este país.

Al escribir la biografía de don Eusebio Lillo, don Raúl Silva Castro ha sacado del olvido a una figura que merece ser recordada; ilumina de paso, como dije, algunos aspectos, si se quiere secundarios, pero determinantes, de nuestra historia, y rinde homenaje, en uno que es único y al mismo tiempo como tantos, a esos chilenos "despiertos y alegres; sensibles y generosos, livianos de sangre; sentimentales farristas y enamoradizos"; un poco fatalistas y despreocupados; pero que saben ser serios y constructivos cuando el momento lo exige; buenos para todo; inteligentes; industriosos; leales, generosos, sacrificados y desprendidos, a quienes el país debe todo lo que es y a quienes muy pocas veces ha individualizado o pagado con buena moneda.

Finalmente, el escritor don Raúl Silva Castro, al agradecer la distinción que se le confería expresó:

Cuando se recibe esta consagrada distinción, tan ávidamente codiciada por todos los escritores chilenos, tiéndese al espíritu la tentación de hablar de uno mismo, revistando a los antepasados y anotando puntualmente los

apellidos que se han dado cita en la éstirpe, a fin de ver qué cuota de ellos puede atribuirse a la inteligencia, la perspicacia, la sensibilidad, la agudeza, el don de gentes, la amenidad y todas las demás virtudes que permiten al hombre desplazarse en la vida y al literato realizar sus obras. Fácil fuera, sin duda, elaborar toda una genealogía haciendo uso de la historia y de la imaginación, tanto más cuanto que ellas han sido dos auxiliares que alguna vez tuvo a su alcance este escritor en las diferentes empresas críticas que lleva realizadas. Ceder a la vanidad, dejarse acunar por el deleite de hablar de uno mismo, explayarse en cualesquiera ensueños de gloria, es ciertamente fácil lograrlo en estos minutos de expansión y de regocijo cuando nadie se atrevería a pedirnos continencia, sobriedad, modestia y medida para el autoelogio.

Pero si de algo puede vanagloriarse el escritor que hoy os dirige la palabra es de que jamás ha seguido los caminos fáciles o en exceso trillados; y en consecuencia, fiel a esa conducta o doctrina, si pudiera llamársela así, tampoco cederá a las tentaciones de la inmodestia, ni procederá a exhibir títulos y honores. Todo lo contrario. Para relevar mejor la importancia de esta recompensa, que sólo en el Premio Nacional de Literatura puede reconocer una instancia superior del reconocimiento público a la obra del escritor, es justo hacer abstracción de otros antecedentes y mostraros una página virgen, en la cual se inscribe con gruesos caracteres y firmes trazos: Premio *Atenea*.

Y es que con la evocación de estas solas dos palabras un mundo de recuerdos surge ante mis ojos, mundo que quisiera compartir con cuantos me escuchan. Hay una casa amplia, en los muros de cuyas piezas suelen verse muchos libros, y en esa casa ambula un varón alto, grave, de rostro claro, con la cabellera ya cana, en cuya ancha boca es frecuente la sonrisa, y ese varón es don Enrique Molina, que lleva algo de quijotesco en la longitud y en la flacura, un tanto emersoniano en las palabras, lector y maestro de filosofía, hombre de contemplación y de estudio, pero también varón diligente y hacendoso, activo, dinámico, que sabe ir de frente a las dificultades para vencerlas, a fin de que la universidad nacida en sus manos prospere y crezca. En esa casa del rector del Liceo de Hombres de Concepción yo pasé horas tratando, con aquel varón y con algunos de sus inmediatos ayudantes, como Luis David Cruz Ocampo, como Félix Armando Núñez, asuntos relativos a la existencia de *Atenea*. Y allí tuve la inmerecida honra de verme autorizado por el rector para proceder a aquellas innovaciones que parecían necesarias con el fin de que la revista, fundada poco antes, lograra en el público chileno e hispanoamericano la audiencia a que desde Concepción se aspiraba.

Atenea es la cuna de toda una abundosa constelación de viejas memorias, por donde desfilan no sólo los escritores chilenos y los extranjeros que fueron colaboradores de la revista, sino también los jefes, las autoridades responsables de la Universidad de Concepción, para quienes no era indiferente que la revista fuera digna de su nombre universitario, como amplia,

respetuosa del sentir ajeno, equilibrada en sus juicios y en sus informaciones, veraz, bien intencionada. Y pasó el tiempo, rodaron hacia el irrevocable pretérito algunos de esos varones, cambiaron muchas cosas, y he aquí cómo la revista *Atenea* subsiste y llena como ayer, desde hace cuarenta años, una función dentro de las letras chilenas, a las cuales sirve de tribuna eminente y singular.

Pero hay más. El Premio *Atenea* ha venido a recaer en la obra de este escritor que siente, a pesar del tiempo corrido desde su iniciación en las letras, estar haciendo siempre sus primeras armas, lidiando frescos combates, disponiéndose para empresas más altas y superiores, empeñoso de servir. Y ha debido él preguntarse qué se premia en su acervo literario, qué aptitud, qué don capaz de llamar la atención de los demás, fuera de la capilla que él frecuenta y del barrio donde vive.

Después de mucho dar y cavar en lo mismo, ha llegado este escritor a pensar que se le estimula a llevar por fin a cabo un viejo proyecto, postergado muchas veces y hoy, eso sí, sometido ya al rigor inexorable de una acelerada ejecución. Porque este escritor conserva en el espíritu el rescoldo de una intención permanente, la de escribir la historia de las letras chilenas, en grande, con perspectivas anchas, sin trabas previas ni cortapisas ni mutilaciones, una historia amena y, a la par, erudita, donde cada fenómeno literario alcance condigna y proporcionada representación, y donde a cada nombre de escritor de ayer y de hoy se imparta una atención respetuosa, digna, seria, razonable: historia de la cual haya sido excluida con ánimo heroico toda suerte de frivolidad, y donde sin pedantería se expongan hechos, tendencias, escuelas, y se comenten generaciones, grupos, ensayos, tentativas, para que lleguen a conocimiento de todos y para que sean conocidas dentro del país, pero también fuera de él.

Porque no es inoportuno, ya que de esto se trata, recordaros cómo las letras chilenas han sido y son víctimas de una sistemática denigración, y de ellas apenas se habla más allá de las fronteras nacionales, y recordaros, asimismo, cómo los propios chilenos no somos ajenos al nacimiento de esta leyenda negra. Lo hemos sido por el afán propio nuestro de empequeñecernos y de restarnos importancia; de no hacer sombra en el mundo; de apocarnos; de pasar por débiles y modestos, cuando en resumen de quien se habla es de quien alza la voz, grita, eleva el diapasón de sus palabras y atronando con ellas pretende henchir el ámbito que pase más allá de los horizontes. Vieja es la fábula del sujeto que decía no hacer caso de los cien que vociferan, si tras ellos existía un millón que calla. Vieja y estéril, pues en sustancia la experiencia concorde de la vida humana nos dirá, con irresistible elocuencia, que sólo quienes gritan logran hacerse oír, en virtud de una ley de acústica que nadie osaría negar.

Pues bien, contra aquella leyenda negra pretende insurgir la obra que tengo en marcha. Una información amplia, rigurosa, sostenida por muchos años, acrecentada en la revisión incesante de los periódicos, robustecida con entrevistas a los escritores, expandida hacia diarios íntimos, epistolarios y

apuntes, ha ido formando en cierto escritorio de cierto escritor chileno un archivo de proporciones colosales dentro de la especialidad que toca, esto es, las letras chilenas. Ese escritor soy yo, ese archivo es el mío, y está al servicio de una obra que ostenta por finalidad la de ir aventando la vieja y desafortunada leyenda negra, a ver si con el tiempo logra Chile vencerla y destruirla.

Me cuento entre quienes creen que en las sociedades humanas existe una ley de equilibrio orgánico que impide, como en el organismo humano, ciertas deformidades. Todos los seres de nuestra especie tenemos cinco dedos en cada mano, y cada uno de éstos conserva su propia fisonomía y guarda, dentro del conjunto, una determinada posición a fin de ayudar a la función del órgano manual. Si ello no fuese así, si un dedo, por ejemplo, creciera hasta adquirir el volumen y la longitud del hombre mismo, el sujeto en que esto ocurriese sería un monstruo y su vida, extraordinariamente difícil y acaso imposible. Pues lo mismo podría suceder, *mutatis mutandi*, en el dominio de las letras. Y en virtud de esta ley de equilibrio funcional, me parece un tanto desapoderado proclamar la inexistencia de ciertos géneros y de ciertas especialidades literarias, dentro del organismo llamado literatura chilena, si esto se hace para diputar excelente peregrino y sin segundo otro género o especialidad. No: lo probable es el equilibrio. Lo probable es que los más diversos géneros literarios se hayan cultivado y se estén cultivando hoy y se cultiven mañana dentro de ciertas normas de regularidad orgánica.

La historia de las letras chilenas, de cuya naciente vida cuido, no pretende probar nada sino la existencia de la literatura producida en Chile, pero si algo pretendiera probar además, ese algo sería esta que llamo ley de equilibrio orgánico, a la cual otros autores podrán aplicar, si gustan, otro nombre, pues el mío es en todo provisional y sujeto a las revisiones de los doctos. En las páginas de esa relación histórica yo voy, eso sí, a producir informaciones, a reunir antecedentes, a dar pruebas innegables de una realidad en marcha que si es necio negar para hoy también debe haber sido necio negar para ayer. Voy a trabajar con tesón, sin ahorrar energías, a fin de acumular noticias que den cuenta del heroísmo de aquellos trabajadores solitarios que se pasaron unos a otros, en silencio, la antorcha, en esta dura carrera de postas que es la vida. Trabajadores que nada pidieron en recompensa, salvo, a lo sumo, la oportunidad de publicar en el libro o en las páginas de la revista o en las columnas del diario, lo que habían escrito, no porque lo creyeran muy importante o muy bello, sino para satisfacer el ansia de comunicación convivencial que trae el hombre a la tierra y que en el escritor se exacerba y llega a niveles lindantes en la locura. Ante este heroísmo prolongado por años, jalonado de silencios, de fracasos, donde a menudo se ven empresas fallidas y conatos sin prosecución, yo me descubro reverente y poseído de santo respeto. No sé si consiga que os descubráis vosotros también, pero os invito a hacerlo en nombre de la solidaridad espiritual del hombre en sociedad, que nadie posee el derecho de negar u oscurecer.

Algunas de estas palabras pronunciadas aquí pueden llevaros a sentir que

la historia de las letras chilenas en que yo me esfuerzo ha de tener algo de social, o de sociológico mejor dicho. No hay error alguno en la inferencia. Siendo la comunicación humana, oral o escrita, uno de los actos sociales primarios, y también de los más excelsos, nada de extraño es que una obra donde esa comunicación se estudia y se pesa en sus implicaciones obvias, logre un alcance social. De este modo, por lo demás, la literatura cultivada por los chilenos no será sólo una estéril fantasía de escritorio, sin base y sin cimientos, sino que aparecerá a la sensibilidad de quienes deseen estudiarla en lo futuro, dotada de raíces y funcionalmente conjugada a las demás manifestaciones del espíritu nacional, y así podrá lograrse, asimismo, que los escritores sean mejor comprendidos de quienes no lo son y aceptados y aplaudidos por éstos en cuyo nombre hablan. Una historia de las letras chilenas que se salte o disimule ciertas realidades sociales evidentes, si bien se halle escrita con acento encantador, podría sonar demasiado exclusiva.

La obra a que con cierto impudor me vengo refiriendo ha sido, por lo demás, anticipada ya por algunos de los libros y folletos que he publicado, los cuales se cuentan en número de varias docenas. Por uno de ellos hoy se me otorga el Premio *Atenea*; los demás, aun cuando no hayan recibido directamente esta honrísima distinción, habrán de verse aureolados también por la pura y deslumbrante luz que ella despide. Y es que esos trabajos, muy modestos en todo, por venir de quien vienen, van enderezados al esclarecimiento de las letras chilenas, a las cuales cercan y se aproximan por diferentes aspectos y con paso diverso en la apariencia, pero sencillamente parecido en los resultados. Trátese de Blest Gana, de Lillo o de Neruda, de Prado o de Pezoa Véliz, de Barrios o de Maluenda, el escritor que os habla ha pretendido tener siempre al frente a un hombre que, enamorado de la vida de su pueblo, le brindó el homenaje de su atención, todo ello en forma tan sostenida y vehemente, que en sustancia es la obra conjunta de tales escritores trasunto del alma de la raza chilena, no en posición pasiva o yacente sino en la fluencia de la vida misma. Verso, novela, drama, ensayo, son formas personales de la aproximación al venero de la existencia de los chilenos de ayer y de hoy, y por encima de ellos ha de campear la solidaridad nacional, sentimiento que ilumina y penetra y embebe cualquier obra literaria auténticamente inspirada en la realidad dentro de la cual estamos inmersos.

La meta general o suprema de la historia de las letras chilenas que preparo ha de ser, pues, mostrar en acción a todos los escritores nacionales en cuanto intérpretes de la vida del pueblo chileno, sin que una mutiladora crítica de valores excluya previamente a ninguno, antes bien, con el generoso y lúcido empeño de mostrar a la luz a cuantos se quedaron dispersos y sin recopilar y de revivir a los olvidados y de señalar cuál es la recóndita excelencia que un criterio lúcido y paciente logra a las veces descubrir en obras al parecer baldías y sin sustancia. Pero esto sin mentir, sin halagar las pasiones de nadie y sin pretender encumbrar a los escritores chilenos por encima de los nacidos en otros países. Nada de ello. Ahí no habrá compa-

raciones de ese tipo, a fin de evitar hasta el límite posible la emulación nacional, que suele producir malos frutos.

Creo, pues, que esta obra anunciada en público una vez y otra, pudo acaso influir en el ánimo de las autoridades de la Universidad de Concepción para conceder a uno de mis débiles libros el Premio *Atenea*. Lo agradezco, debo agradecerlo, como prueba de confianza en mi obra y también, ¿por qué no decirlo?, en la rectitud de mis intenciones. Porque esta empresa de inclinar a los chilenos a recibir la literatura chilena como digna de atención y de estudio, sin que sea desdoroso emplear fuerzas en ella, inclusive si esto implica olvidar las letras de otras lenguas y pueblos, a los cuales habitualmente suponemos superiores a nosotros, esta empresa, digo, no es fácil sino, al revés, peligrosa y expuesta a toda suerte de tergiversaciones. Es remar contra la corriente, pues aspira a contrariar una actitud de espíritu basada en la más venerable tradición y amparada en innumerables precedentes. Razón de más para agradecer esta recompensa que viene a proyectar viva luz sobre una labor oscura y silenciosa.

El 8 de noviembre de 1965, en un acto solemne que tuvo lugar en la Universidad de Concepción, fue conferido a D. *Juan Gómez Millas*, actual Ministro de Educación y ex Rector de la Universidad de Chile, el título de Miembro Honorario del Instituto Central de Historia y Geografía del mencionado plantel universitario. El discurso de recepción, cuyo texto se publica a continuación, estuvo a cargo del profesor *Julius Kakarieka*, catedrático de Historia Universal de la U. de Concepción:

En la magna obra realizada por D. Juan Gómez Millas en el campo educacional chileno, se presentan muchos aspectos interesantes y dignos de ser recordados en una ocasión como ésta. Sin embargo, dentro del marco de un breve discurso, sería imposible abordarlo todo sin caer en lugares comunes, en esquemas secos y sin vida. He preferido destacar aquí un solo aspecto de su obra; pero justamente aquel que, en mi entender, refleja de la mejor manera la personalidad de nuestro ilustre huésped. Me refiero a su larga y abnegada labor como profesor de Historia en el Pedagógico de la U. de Chile.

Si recorriéramos los liceos de Chile —del extremo norte al extremo austral del territorio—, encontraríamos que la inmensa mayoría de los profesores de Historia y Geografía que enseñan allí, han sido formados por él, por don Juan (así solían dirigirse a él cuando estudiantes, y bajo el mismo nombre se lo recuerdan hoy día; en esta alocución nos permitimos a usar la misma forma). Si nos asomáramos en las aulas universitarias del país, descubriríamos otro hecho no menos revelador: casi la totalidad de los catedráticos que se desempeñan actualmente en esas mismas asignaturas habían sido sus discípulos.

En este acto solemne con que nuestro Instituto quiere honrarlo, supongo que le sería grato que evoquemos su obra de maestro la que, tal vez, mayores

satisfacciones internas le ha proporcionado en su meritoria carrera de hombre público, y que, al mismo tiempo, le ha granjeado un sentimiento unánime de reconocimiento y gratitud de parte de sus antiguos alumnos. Al que habla le tocó el honor de ser, durante siete años (una cifra sagrada entre los orientales), no sólo discípulo, sino también colaborador de Don Juan en la Cátedra de Historia Universal. Señalo este hecho como título y justificación, a la vez, para abordar el tema anunciado.

El medievalista francés Marc Bloch cuenta, en su "Introducción a la Historia", esta sencilla anécdota: "En cierta ocasión —dice— acompañaba yo en Estocolmo a Henri Pirenne. Apenas habíamos llegado cuando me preguntó: '¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento completamente nuevo. Comencemos por verlo'. Y después añadió, como si quisiera evitar mi asombro: 'Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida'. Esta cualidad de captar lo vivo —agrega Bloch— es, en efecto, la cualidad dominante del historiador".

Quisiera partir de allí. Lo que ha dicho el gran historiador belga me gustaría aplicarlo a la persona de Don Juan. Un verdadero historiador ama la vida, siente su pulso, participa en sus angustias y esperanzas. La existencia humana es, esencialmente, una existencia histórica. Cada momento que vivimos es un pequeño trozo de la historia. Cada trama personal o colectivo en que nos toca actuar y sufrir, se integra en un inmenso drama de la Humanidad entera; drama cuyo origen se hunde en las tinieblas del pasado, cada vez más lejano, y cuyo desenlace final puede ser previsto solamente por los profetas. A pesar de la infinita variedad de formas de vida, creencias, costumbres e ideas, que nos revela la parte conocida de la historia, el hombre sin embargo, en sus rasgos fundamentales, queda siempre el mismo. Si conocemos a fondo los problemas que atormentan a los hombres de hoy, podemos estar seguros de que estaremos en condiciones de comprender, en una mayor o menor medida, los problemas humanos de las épocas pretéritas. Es un horizonte tan lejano como el de las ciudades sumerias (milenios IV y III a. C.), se enfrenta el historiado actual con una serie de asuntos que cautivan su mirada. Se presentan allí, como señala Luis Pericot García, "problemas de libertad y tiranía, de paz y de guerra, de precios y de tasas, de impuestos y de gabelas de toda clase, de un Código Penal y Civil, de dioses contrapuestos, de gobiernos sacerdotales, etc. En la imagen de lo que fuera la vida en aquellas primeras ciudades, asombra el encontrarse con tantos rasgos modernos...".

Más intenso es nuestro conocimiento de la realidad histórica en que estamos situados, más cosas podemos descubrir en el pasado. A una mente vacía o un corazón vacío el pasado no le dice absolutamente nada: son puros inventarios de nombres, fechas y sucesos que no encierran ningún sentido existencial. Nietzsche había captado muy bien este aspecto al plantear el problema de la utilidad e inconvenientes de los estudios históricos. El historiador, para el filósofo germano, tiene que ser una personalidad: "Aquel —decía Nietzsche— que no haya tenido en su vida acontecimientos más gran-

des y sublimes que los que tuvieron sus semejantes, no podrá interpretar lo que hay en el pasado de grande y sublime. La palabra del pasado es siempre la palabra de oráculo". Los datos del pasado tienen que ser interpretados. La profundidad y exactitud de la interpretación guardan siempre una íntima relación con la riqueza humana del historiador: su cultura, su sensibilidad, su experiencia de la vida.

Lo que guardo en mis recuerdos y que quisiera destacar aquí en forma especial, hablando de Don Juan como historiador y maestro, es la extraordinaria gama de inquietudes que dominaban su mente. Una gama cuya amplitud le permitía abordar problemas humanos de todo orden: filosófico, religioso, político, económico y hasta tecnológico. En cierto sentido, podríamos compararlo con las egregias figuras del Renacimiento italiano, para cuya curiosidad y saber no había límites ni compartimientos, tal como existen hoy día.

Estas inquietudes suyas se volcaban a veces —en la interpretación de un texto o en el análisis de una controversia historiográfica— en forma impetuosa, volcánica, dejando al alumno medio sumido en el desconcierto o la oscuridad. Pero para todos aquellos que eran capaces de seguirle y captar los hilos más recónditos de su pensamiento, fue siempre un placer el escucharlo. Nadie como él sabía mostrarle al alumno los grandes nexos históricos; nexos que unen los distintos procesos de la vida cultural y social del pasado. Nadie como él sabía poner de relieve la profunda sabiduría que encierra los textos poéticos, filosóficos o históricos de los autores antiguos. Nadie como él sabía dar una imagen en las magnas victorias o de las trágicas zozobras de la vida política de los pueblos. Sus consideraciones alcanzaban una nota profundamente emotiva cuando llegaba a abordar, en alguna ocasión, el gran tema de Areté y Tyché: el tema de la eterna pugna del hombre con el destino. Los sucesos del pasado, presentados bajo esa categoría, adquirirían un matiz nuevo; dejaban de ser lejanos y extraños, convirtiéndose en un intenso drama que hacía vibrar los resortes más íntimos del alma. La historia enseñada en esta forma ya no era una carga para la memoria (como suele serlo frecuentemente), sino un poderoso impacto mental que despertaba en el alumno toda clase de inquietudes, que estimulaba su reflexión y ampliaba su horizonte espiritual.

Recordando a Don Juan como maestro, tengo que agregar todavía otra faceta: su constante preocupación por formar a la gente joven para las tareas científicas. Cuando encontraba un estudiante inteligente y empeñoso, trataba de proporcionarle el máximo de estímulo y ayuda, para que pudiera prepararse para la labor universitaria. Lo hacía movido por su natural generosidad (un rasgo tan característico de su persona) y por la extraordinaria amplitud que asignaba a la misión de la Universidad. En su concepto, la Universidad debía dejar de ser un conjunto de escuelas puramente profesionales, promoviendo en su seno la investigación científica y respondiendo, de un modo más directo y más eficaz, a las demás necesidades culturales del momento histórico. Su tesis fundamental ha sido siempre de que en el

mundo actual la ciencia, en todos sus aspectos y ramificaciones, constituye el factor decisivo del progreso, y que los pueblos que no logran superar su atraso en este terreno, no tienen porvenir.

Afortunadamente, desde el Decanato de la Facultad de Filosofía y, más tarde, desde la Rectoría de la U. de Chile tuvo la posibilidad de darle a esta idea algunos impulsos poderosos, fundando una serie de institutos científicos y formando equipos de investigadores para las disciplinas más diversas. La etapa más difícil ya está hecha; etapa cuando tenía que clamar en el desierto...

En todo esto, Don Juan ha actuado según el precepto del viejo Pirenne: como un verdadero historiador que ama la vida. Un amor bien entendido implica la autoentrega de sí mismo, el sacrificio y la responsabilidad frente al futuro.

RECTIFICACION A ERRATAS DEL COMENTARIO DE R. S. C. AL LIBRO DE *LA CREACION LITERARIA*, DE JOSE MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS

A continuación señalo algunas erratas que advierto en mi breve comentario de *La creación poética*, publicado en el número 409 de la revista, correspondiente a julio-septiembre de 1965.

Página 279, líneas finales. Debe leerse: "Todos los resquicios por donde éste pudiera colarse han sido tapiados". La palabra *colocarse* es errata.

Página 280, línea 2. Debe leerse: "pretende...", pues ahí comienza la cita del autor, a que se pone término, también con comillas, en la línea 3.

Página 281, líneas 32 y 33. Deben leerse: "En esta última función ha deferido al parecer de Rilke, Eliot y otros autores, y no ha hecho valer sus personales experiencias". El cambio de deferido por *diferido* y la alteración de la puntuación, cambió en todo el sentido de aquella proposición.

Página 282, línea 6: Debe leerse: "contenido psíquico anterior a la forma". La palabra *interior* es errata.

RAÚL SILVA CASTRO